

deber, se ejecutarán con placer inmediato, y aquellas de que hoy nos abstemos por deber, serán abandonadas porque repugnarán».

Conforme a esta teoría, bórrase al fin todo elemento coercitivo, toda idea de obligación, y los actos se ejecutan «sin tener conciencia de hallarse obligados a su cumplimiento». De este modo, es evidente que el grado de dolor que supone la noción del deber es sustituido por cierto grado de placer que contiene implícitamente la ejecución espontánea de los actos, sin subordinarse a ningún motivo coercitivo.

Parécenos, no obstante, a pesar de la gran autoridad de estos dos sabios, que tales conclusiones no son aceptables sino con ciertas reservas. El fin último, la idealidad moral, como toda idealidad, es irrealizable en sus caracteres absolutos. Y si bien el pensamiento llega a la concepción abstracta y pura de lo que *debiere ser*, la realidad se queda siempre constreñida a caminar incesantemente hacia la meta, sin alcanzarla jamás.

La aproximación continua a la concepción abstracta, es precisamente el hecho real de la evolución y del progreso humano. Y «como es necesario, según las mismas palabras de Spencer, que exista cierta armonía entre la conducta de cada uno de los miembros de la sociedad y la conducta de los otros», podemos establecer, sin abandonarnos a las lisonjas y bellezas de la teoría, que en la identificación moral externa (coacción social) y la coacción moral interna (autocoacción), se resuelve el problema de la acción libre de los individuos, sin mezcla de intervención de elementos coercitivos. Volvemos, pues, a la afirmación de que la coacción moral no es más que un cambio de influencias recíprocas, mediante el cual la sociedad se desenvuelve actualmente, y se desenvolverá en lo futuro, siguiendo la tendencia de obrar el bien por el bien, sin tener presentes motivos de temor o de egoísmo.

* * *

El juicio que puedan formar nues-

tros deudos y amigos de cualquier acto propio, las censuras o elogios que nuestra conducta pueda provocar, la consideración que hayamos de merecer a los que con nosotros viven y aun a los que nos sobrevivan, todo ello constituye cierta saludable coacción que obra moralmente sobre nosotros, y determina, con el contraste de nuestros particulares sentimientos e ideas, nuestra conducta en todos los momentos de la existencia, salvo, naturalmente, todo desequilibrio físico o mental que nos sustraiga a aquella influencia.

Y téngase en cuenta de una vez para siempre, aunque nunca huelgue repetirlo, que hablamos pura y simplemente de una coacción real y efectiva, de la que empieza en el círculo de la familia, penetra en el de los amigos y se extiende gradualmente al resto de los hombres con mayor o menor intensidad, no de cierta coacción nebulosa, derivada de un ente metafísico y ejercida casi misteriosamente, según pretenden todos los que, hablándonos de derecho social, de sentimiento colectivo, de salud pública, etc., colocan en el pináculo de su rara teología una sociedad *sui generis*, distinta de sus componentes, superior a ellos, y más santa y venerada que ellos mismos; una entidad todopoderosa que habla, no por las bocas de los que la constituyen, sino por medios providenciales, y piensa y siente y actúa por propios y particulares impulsos, como si tuviera cuerpo real y órganos adecuados de expresión, a semejanza de lo que hacen los creyentes con su dios antropomórfico. La coacción de que tratamos nada tiene que ver con esas divagaciones especulativas de una mentalidad enferma mandada recoger en los dominios de la verdadera ciencia.

RICARDO MELLA

Suplicamos a nuestros suscritores que estén en débito con RENOVACION se sirvan cancelar sus recibos. De lo contrario, suspenderemos el envío.